

CASANOVA, Julián, *La venganza de los siervos*, Crítica, Barcelona, 2017, 204 pp.

Este ensayo se dedica al análisis profundo y a la explicación sintética de uno de los hechos capitales para entender la historia del siglo xx: la Revolución Rusa. Un tema que, pese a no ser nuevo entre la historiografía española, hasta el presente año en que se conmemora su centenario no había despertado semejante impulso editorial en España en lo referente a su cantidad y calidad.

Lo relevante de este libro, donde reside su importancia y singularidad, es que el tema de la revolución de 1917 se trata de un modo global pero adentrándose en varias perspectivas temáticas particulares. Esto se debe a las bases del trabajo y a la gran cantidad de estudios surgidos en la historiografía internacional desde finales del siglo xx. Publicaciones de las que apenas existen ediciones en castellano y que se nutren con la aportación de estudios locales, la microhistoria, la historia de las mujeres y la consulta de nuevos archivos.

Destacamos un enfoque más alejado del análisis político y del factor material y más centrado en el aspecto sociocultural y antropológico de los hechos históricos. Una perspectiva que analiza el tema sin valoraciones morales-ideológicas, típicas de los detractores y defensores de la Revolución Rusa, y que posibilita una nueva interpretación y la renovación de contenidos.

La propuesta de J. Casanova no puede ser más divergente frente al mani-queísmo: «No hay explicaciones simples para los grandes acontecimientos». Baste ver las cinco páginas dedicadas al índice cronológico para ser conscientes de la complejidad del proceso. Un recurso que resulta muy útil para no perderse entre la espesura de los hechos que desde 1861 hasta 1924 configuraron la historia de la revolución rusa.

El periodo estudiado es fundamentalmente el de la década de 1914-1924, ese periodo de crisis continuada y constante que nos conduce desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial hasta la conquista del poder por parte de Lenin y el partido bolchevique, pasando por la revolución de febrero, la caída del zarismo, la revolución de octubre y la guerra civil. Una serie de sucesos lineales que convergen en lo que el autor denomina el caleidoscopio de revoluciones: «No hubo una revolución, lo que se produjo fue un caleidoscopio de revoluciones, donde el papel de las mujeres fue esencial y donde se mezclaron obreros, soldados, campesinos, minorías étnicas, gente de todo pelaje». Así se entiende que los protagonistas del proceso revolucionario, fueran tanto las élites intelectuales, las clases medias y los obreros, como los soldados, los campesinos y las mujeres.

Esta es la idea clave sobre la Revolución Rusa y una de las principales conclusiones de los dos primeros capítulos: en 1917 confluyeron varias revoluciones parciales alimentadas anteriormente, al menos desde los cambios producidos por Alejandro II en 1861, pero que en ese año estallaron de manera conjunta durante el reinado de Nicolás II, a la sazón el último zar y nieto de Alejandro II, gracias a la difícil coyuntura interna y la crisis general abierta por la Primera Guerra Mundial. Así, en cuanto a las causas se tratan tanto los aspectos interiores, como el propio estancamiento del sistema zarista que posibilitó que se produjeran esas «grietas desde arriba» profundizadas por las «revoluciones desde abajo», como de elementos exteriores, donde la importancia de la Primera Guerra Mundial y el desmembramiento del imperio ruso son proverbiales.

Desde esta panorámica, se explica la existencia de élites políticas e intelectuales zaristas entre las que surgieron dudas, primero, y rechazo más o menos directo, después, frente a la autoridad del Zar por el mal curso de la guerra y su delegación —ya fuera real o imaginaria— del poder efectivo en otras manos. En cualquier caso, una toma de malas decisiones y una falta de perspectiva como estadista que se mostraron nefastas para los intereses imperiales y para la propia supervivencia del zarismo. No por sí mismas a pesar de su importancia, sino por coincidir en el tiempo con las protestas de campesinos, obreros y soldados, donde el papel de la mujer en las mismas destacó por méritos propios, quienes también comenzaron a pensar de un modo *grosso modo* similar mientras pedían al zar pan y paz y solo recibían represión por parte de las autoridades zaristas. Este complicado panorama se completa con la neutralidad de otras potencias europeas frente al hecho revolucionario ruso, ya que mantenían en esos momentos una guerra internacional donde el imperio ruso no era sino un rival a batir, y los propios desarrollos del resto de nacionalidades coexistentes en el imperio ruso. Esta es la realidad histórica que a grandes rasgos nos presenta la caleidoscópica imagen de la revolución.

Por otro lado, una gran parte de este ensayo se dedica al análisis del propio desarrollo del proceso revolucionario y a las consecuencias del mismo hasta su institucionalización en la dictadura soviética. Profundizando en la nefasta repercusión de la guerra mundial, porque, además de ser una herida en el orgullo nacional-imperial ruso, fue la muerte de muchísimos soldados de extracto social humilde, y en la misma medida fue el hambre en la retaguardia de sus familias. Factores que alimentaron el ansia de soluciones radicales en diversas capas de población. Pero que inicialmente solo coincidían en la eliminación de la autocracia zarista y en el final de la crisis de subsistencia. Así, no hubo una voluntad popular para hacer una revolución homogénea de corte comunista. Igualmente, tampoco hubo fortaleza para crear o consolidar una revolución de tipo burguesa desde la élite zarista crítica. Lo que había tras la revolución de febrero era un caos y un vacío de poder en medio de una tesitura bélica desastrosa.

Una quiebra sistémica que hizo pasar a Rusia en poco tiempo, desde 1918 hasta 1922-1923, de una etapa liberal inicial a una etapa socialista, moderada

en principio pero radicalizada al final, y de aquí tras la revolución de octubre de 1917 y la guerra civil, 1918-1923, a la dictadura del proletariado y el inicio de la historia de la URSS. Por eso podemos explicarnos la división interna dentro del proceso revolucionario entre mencheviques y bolcheviques. Si terminó por ser el modo de conducirse mayoritariamente en la guerra civil se debió a la flaqueza de otras opciones revolucionarias, a la inexistencia de un programa inicial único, o al menos uniforme, para terminar con el lastre del zarismo, y porque ningún gran partido contaba con el poder suficiente tras el derrocamiento de Nicolás II para imponerse al adversario mediante la política, detentar el control de los resortes de un inexistente Estado revolucionario y tener un apoyo social masivo.

El éxito de los bolcheviques fue saber alimentarse de las ansias de cambios emanadas las capas populares, y querer ofrecerles una salida fácil y rápida para sus anhelos y rencores mientras construían el Estado comunista. Fueron muchos los que pensaron de su lado que el paraíso podía alcanzarse en la Tierra. Que luego salieran en gran medida defraudados, que de la revolución proletaria mundial se pasara al comunismo en un solo país, que del gobierno revolucionario se pasara a la dictadura del partido comunista ruso, y que muchas veces el odio de clase se dirigiera contra los mismos camaradas u otros elementos revolucionarios, no es responsabilidad de los hechos de 1917. Es la propia evolución de la historia de Rusia en clave soviética, de la historia de Europa y de la historia del mundo. Porque al fin y al cabo y a pesar del recurso soviético al terror institucional, hecho en lo que poco difería del Estado policial propio de la época zarista, se trató de la primera oportunidad histórica de dirigir la realidad por una lógica y una ideología distinta a la de la democracia liberal.

*Sergio Cañas Díez*